

PREMIO
AUTOR: JUAN DE MOLINA

APUNTES PARA UNA SOCIOLOGÍA DEL DOLOR

1

Una franja de mar en la ventana,
un límpido horizonte mariner,
un neumotórax terco y traicionero,
un rescoldo de sueño en la mañana.
Un eco de canción que alguien desgrana,
un pasillo sin alma, acaso austero,
allende los cristales un velero
se aleja lentamente, con desgana.
Late en el hospital la vida breve
con pulso sostenido y fe deudora
de la oración callada y la esperanza.
Mientras prodiga el sol su rayo leve
y la ciencia su acción benefactora,
una vela se pierde en lontananza.

2

Dos almendras de pasmo son tus ojos
detrás de los cristales desmedidos,
los garfios de tus dedos dos manojos
de juncos cual sarmientos ateridos.

El verderón que apenas aletea
allende tus pulmones agotados
escapa de tu boca y colorea
los blanquecinos labios arqueados.
Un pañuelo de albor cubre tu pelo,
espejo de la piel que el alba alcanza
y un día fue clavel de lozanía.
Baten sombra y fulgor su mudo duelo
mientras dibuja el tiempo y su acechanza
el mapa de tu cruel anatomía.

3

Has perdido tu mundo de repente
como frágil patera que naufraga.
Clavada en el olvido está la daga
de la imposible luz de tu simiente.
Tu cuerpo corcovado apenas siente
la vaga senectud, la ausencia vaga
del tiempo que, por ido, ya te estraga
el desolado yermo de la mente.
Un dédalo es la noche con su empeño,
el día un laberinto sin medida,
la vida, maldición que no perdonas.

Es por eso que anhelas llegue el sueño
que traiga un armisticio a tu locura
y un remanso de paz a tus neuronas.

4

Viendo en tu cuarto la cama vacía,
la carátula amarga de la ausencia,
sé que me haré perita de la ciencia
del dolor y el llanto. Cuánto daría,
sin embargo, por borrar ese día,
que me avoca, fatal, a la demencia
del calendario infausto; ser conciencia
sin descanso, ser siempre mediodía
para evitar las sombras del ocaso,
reconocer al cabo mi fracaso
como madre; huir de la porfía,
de la vesania cruel del dulce adagio;
hundirme lentamente en el naufragio,
a bordo, ay, de tu fotografía.

5

Llora, triste mujer, en tu escalera,
ovillo de la pena, enajenada,
llora por una vez tu pena entera,
en hebras de dolor, desmadejada.

Te cruzan pájaros de desconsuelo
que anidan los peldaños de la pena.
El hilo del dolor ya alcanza el suelo,
cala del desamor, sin mar ni arena.
Salgo del hospital con mi premura,
honda sacerdotisa de tristeza,
ajeno a la cadena de tus cuitas.
Y, mientras más me alejo, más perdura
tu llanto de dolor en mi aspereza,
el eco enmudecido con que gritas.

Seudónimo: "Lucrecia"